

TIEMPO DE ADVIENTO



*«Los fieles que viven con la Liturgia el espíritu del Adviento, al considerar el inefable amor con que la Virgen Madre esperó al Hijo, se sentirán animados a tomarla como modelo y a prepararse, "vigilantes en la oración y... jubilosos en la alabanza" (MR Pref. Adv. II), para salir al encuentro del Salvador que viene» (Marialis cultus, 4).
Los sábados durante el tiempo de Adviento, hasta el día 16 de diciembre, inclusive, cuando no recurre una memoria obligatoria, se debe celebrar la Memoria de santa María «in sabbato».*

Invitorio

Ant. Vengan, adoremos a Cristo,
sol de luz eterna e Hijo de María.

El salmo invitorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura

HIMNO

A quien feliz creaste,
hoy afligido por la culpa duelese;
mas por ti, Dios, anuncios
de salvación le vienen:

«Será el Redentor, Hijo
de Madre fidelísima, inocente,
que a los hombres levante
y aplaste la serpiente».

Las tinieblas disipa
aquel grandioso vaticinio alegre,
que el perdón amoroso
calma las ansiosas mentes.

Van pasando los siglos
y el decreto con ellos se mantiene:
Madre de estirpe regia
y Madre nuestra clemente.

Para el cargo, María,
la única elegida ser mereces:
de ti nace en el tiempo
el Salvador que viene.

Tu, Virgen, hija de Eva,
llena de gracia, inmaculada, fuerte,
del Redentor primicia,
de la Iglesia signo eres.

Esperanza de todos,
al mensaje del ángel tan solemne,
concibes del Espíritu
el Verbo libremente.

A Dios Padre la gloria
y al Hijo honor y sempiternos bienes
con el santo Paráclito
se tributen por siempre. Amén.

O bien:

Del barro primigenio hiciste a Adán incólume
y sembraste la dicha como sol en su ser;
mas la serpiente antigua tiende su red de sombras
y cubre de tinieblas su corazón de sed.

Ya viene, ya se acerca el Sol de la justicia;
ya surge desde el alba, como el Testigo fiel;
ya aplasta las insidias de Satán y sus huestes
y cantara victoria sobre el pecado el Bien.

Como quiebra una estrella el silencio de la noche,
tu anuncias el adviento de la Flor de Israel:
«Yo pondré enemistades entre ti y la serpiente,
entre tu Hijo y el suyo, que morderá su pie».

¡Oh torrente de júbilo del mensaje divino!
Levántese el caído de su abismo de hiel
y cante estremecido, como ayer en Betulia:
¡Oh nueva Eva intacta! ¡Oh gloria de Israel!

Tu aplastas, por tu Hijo, la cerviz tenebrosa
de la serpiente diabólica con la luz de tu pie.
¿Qué vínculo, María, entre Cristo y Satán?
¿Qué lazo entre la Rosa y la sórdida hez?

Tu eres, ¡oh María!, la Mujer elegida
como Madre de Cristo, el Lirio de Jesé.
Revestiste de mallas al Guerrero divino:
cielo y tierra se abrazan en la flor de tu ser.

Sin ti se desfigura la palabra evangélica
y se descarna, triste, de todo su porqué.
Tu anudaste una historia de amor íntima y única
que culmina en la gloria como cima del Bien.

Gloria al eterno Padre de cuya luz procede
todo cuanto subsiste; gloria al Hijo a la vez;
gloria siempre al Paráclito, y gloria a ti, María,
oh Rosa inmaculada!, i oh Lirio de Israel!
Amén.

Las antífonas, los salmos, el versículo y la primera lectura con su responsorio se toman del sábado correspondiente.

SEGUNDA LECTURA

I

EL MISTERIO DE LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

De la Constitución dogmática *Lumen géntium*, sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II

(Nn. 55-56: AAS 57 [1965] pp. 59-61)

María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha madre de Jesús

La Sagrada Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento y la venerable Tradición muestran en forma cada vez más clara el oficio de la Madre del Salvador en la economía de la salvación, y, por así decirlo, lo muestran ante los ojos. Los libros del Antiguo Testamento describen la historia de la salvación, en la cual se prepara, paso a paso, el advenimiento de Cristo al mundo. Estos primeros documentos, tal como son leídos en la Iglesia y son entendidos bajo la luz de una ulterior y más plena revelación, cada vez con mayor claridad iluminan la figura de la mujer Madre del Redentor; ella misma, bajo esta luz es insinuada proféticamente en la promesa de victoria sobre la serpiente, dada a nuestros primeros padres caídos en pecado (cf. *Gn* 3, 15). Así también, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel (cf. *Is* 7, 14; *Miq* 5, 2-3; *Mt* 1, 22-23). Ella misma sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de él esperan con confianza la salvación. En fin, con ella, excelsa Hija de Sion, tras larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva economía, cuando el Hijo de Dios asumió de ella la naturaleza humana para librar al hombre del pecado mediante los misterios de su carne.

El Padre de las misericordias quiso que precediera a la encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyera a la vida. Lo cual vale en forma eminente de la Madre de Jesús, que difundió en el mundo la vida misma que renueva todas las cosas. Por eso no es extraño que entre los Santos Padres fuera común llamar a la Madre de Dios toda santa e inmune de toda mancha de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura. Enriquecida desde el primer instante de su concepción con esplendores de santidad del todo singular, la Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como *llena de gracia* (cf. *Lc* 1,28), y ella responde al enviado celestial: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (*Lc* 1,38).

Así, María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin el impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo el misterio de la Redención con él y bajo él, por la gracia de Dios omnipotente. Con razón, pues, los Santos Padres estiman a María no como un mero instrumento pasivo, sino como una cooperadora a la salvación humana por la libre fe y obediencia. Porque ella, como dice san Ireneo, «obedeciendo fue causa de la salvación propia y de la del género humano entero». Por eso

no pocos Padres antiguos, en su predicación, gustosamente afirman: «El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe»; y comparándola con Eva, llaman a María «Madre de los vivientes», y afirman con mayor frecuencia: «la muerte vino por Eva, por María vino la vida».

RESPONSORIO

cf. Lc 1,26-32

R/. El ángel Gabriel fue enviado a la Virgen María, desposada con José, para anunciarle el mensaje; y ella se turbó ante su resplandor. No temas, María, has hallado gracia ante Dios. * Concebirás y darás a luz un hijo, que será llamado Hijo del Altísimo.

V/. Alégrate, María, llena de gracia, el Señor esta contigo.

R/. Concebirás y darás a luz un hijo, que será llamado Hijo del Altísimo.

O bien:

De las Homilías «Sobre las excelencias de la Virgen Madre» de san Bernardo, abad

(Homilía 1,3.5: *Opera omnia, edición cisterciense, 4 [1966], pp. 16-18*)

Su virginidad atrajo la complacencia de Dios; pero concibió por su humildad

El ángel Gabriel fue enviado por Dios (Lc 1, 26). ¿Adonde? A una ciudad de Galilea que se llamaba Nazaret (ibíd.). Veamos si de Nazaret puede salir algo bueno. Nazaret significa flor. Yo concibo las revelaciones y promesas hechas a los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob como una semilla del conocimiento de Dios esparcida desde el cielo sobre la tierra. A esa semilla se refiere la Escritura cuándo dice: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una semilla, seríamos como Sodoma, nos pareceríamos a Gomorra (Rom 9, 29).

Esta semilla se desarrollaba y florecía entre las maravillas que se verificaron cuando Israel salió de Egipto, en las figuras y misterios que contempló a lo largo de toda su peregrinación hasta la tierra de la promesa. Más tarde, en las visiones y oráculos de los profetas, en la organización del reino y del sacerdocio, que culminaron con la llegada de Cristo. Con toda razón se colige que Cristo fue el fruto de esta semilla y de estas flores, como nos dice David: *El Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto (Sal 84, 13)*. Y en otro lugar: *Pondré sobre tu trono al fruto de tu vientre (Sal 131, 11)*. Por eso se anuncia en Nazaret el fruto que ha de nacer, porque el fruto se espera de la flor. Mas cuando brota el fruto, se marchita la flor, pues ya no tiene razón de ser, al presentarse encarnado el que es la Verdad

Y con razón se observa que Nazaret es una ciudad de Galilea, es decir, de la emigración. Ya que cuando nació Cristo desapareció todo lo que acabo de mencionar. Como dice el Apóstol, *estas cosas sucedieron figurativamente (1Co 10, 11)*. Y nosotros, que vivimos del fruto, comprobamos que las flores han pasado; incluso cuando las veíamos en plena floración, sabíamos que habían de marchitarse. Por eso dice David: *Dura un día como la hierba: florece por la mañana y se pasa; por la tarde inclina la cabeza, se deshoja y se seca (Sal 89, 6)*.

Efectivamente, por la tarde, esto es, cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo, nacido, de mujer, sometido a la Ley (cf. Gal 4,4), pero diciendo a su vez: *Mira: todo lo hago nuevo (Ap 21, 5)*. Las cosas viejas pasaron y desaparecieron: igual que se deshojan las flores y se secan cuando empieza a brotar el fruto. Por eso está escrito: *Se agosta la hierba, se marchita la flor, pero la Palabra del Señor permanece por siempre (Is 40, 8)*. Sabes muy bien que la Palabra es el fruto, y esa Palabra es Cristo.

A esa ciudad, pues, fue enviado el ángel Gabriel. ¿A quién fue enviado? *A una virgen prometida a un hombre de la estirpe de David, de nombre José (Lc 1, 27)*. ¿Quién es esta virgen tan digna, a quien saluda nada menos que un ángel, y tan humilde que se desposa con un artesano? Preciosa combinación ésta, en la que se asocian la virginidad y la humildad. A Dios le agrada el

alma de cuya humildad deriva la virginidad y cuya virginidad anda engalanada con la humildad. Y piensa qué veneración no se merecería un alma, cuya fecundidad realza todavía más su humildad y cuyo parto sella su virginidad. Estas oyendo hablar de una Virgen que es humilde. Si no eres capaz de imitar la virginidad de la humilde, emula al menos la humildad de esta Virgen. La virginidad es una virtud encomiable, pero la humildad es una virtud imprescindible. A la primera eres invitado y te la aconsejan; a la segunda te obligan y te la prescriben. Con relación a la virginidad, se nos dice: *El que pueda con eso, que lo haga (Mt 19, 12)*. Y sobre la humildad: *Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 18, 3-4)*. Una es remunerada y la otra se nos exige.

Puedes salvarte sin la virginidad, pero no sin la humildad. Puede complacer a Dios una humildad que llora la virginidad perdida; me atrevo a decir que, sin la humildad, ni la virginidad de María habría agradado a Dios. *En ése pondré mis ojos: en el humilde y apacible (Is 66, 2)*. En el humilde, ha dicho; y no precisamente en el que es virgen. Luego si María no hubiese sido humilde no habría bajado sobre ella el Espíritu Santo. Y en ese caso no habría concebido. ¿Es que podría concebir de él sin él? Es ella misma quien así lo confirma; *si engendró por él, no fue solo en atención a su virginidad, sino porque se ha fijado en la humildad de su esclava (Lc 1,48)*. Es cierto que su virginidad atrajo la complacencia de Dios; pero concibió por su humildad. Queda, pues, muy claro: fue su humildad la que hizo agradable su virginidad.

RESPONSORIO

cf. *Is 66, 1-2; Lc 1, 35*

R/. Así dice el Señor: El cielo es mi trono y la tierra el estrado de mis pies. * En ése pondré mis ojos: en el humilde y el apacible que se estremece ante mis palabras.

V/. El Espíritu Santo descenderá sobre ti, María, y el poder del Altísimo te envolverá como una nube.

R/. En ése pondré mis ojos: en el humilde y el apacible que se estremece ante mis palabras.

O bien:

De las Homilías de san Amadeo de Lausana, obispo

(Homilía III Sobre las excelencias de la bienaventurada Virgen María, passim: SC 72, pp. 104-108)

Serás llamada con el nombre singular y especial de Madre de Dios

El Espíritu Santo descenderá sobre ti (Lc 1,35). Vino y vendrá sobre otros santos, pero sobre ti, María, descenderá de un modo más pleno porque te ha elegido por encima de todos los demás, para que, por tu plenitud de gracia, superes a todos los que existieron antes de ti y existirán después de ti.

Él llenó a Abel de una inocencia tan grande, que, siendo de manos inocentes y de humilde corazón, sufrió la muerte de manos de su hermano. Pero tu inocencia ha devuelto a la inocencia y a la salvación a millares de culpables.

Él transportó a Enoc al cielo, pero el Hijo que tú engendrarás, cuando sea elevado por encima de la tierra, atraerá hacia sí todas las cosas.

Él colmó de fe y de obediencia a Abrahán para que redundara en favor de la descendencia; pero el mundo entero, salvado por tu fe y tu obediencia, da gracias.

Él llenó a Moisés y lo constituyó mediador no de la gracia sino de la ley; pero tú eres la que nos das no solo al Mediador de la ley, sino también al Dador de la gracia y de la gloria.

Él escogió a David como rey y profeta, pero éste escribió para ti y llama a tu Hijo su Señor. ¿Para qué más comparaciones? Tú los excedes a todos, tú estas por encima de todos, no solo de los hombres, sino también de las más altas jerarquías celestiales.

Por esta razón heredarás un nombre más glorioso que cualquier otro; porque los otros son designados cada uno por su nombre, según su orden y dignidad, y así, uno es llamado ángel de

Dios, otro profeta, otro heraldo; pero tu serás llamada con el nombre singular y especial de Madre de Dios, y por esto madre de salvación, madre de gracia, madre de misericordia.

El Espíritu Santo descenderá sobre ti (Lc 1, 35), descenderá con toda su riqueza, con toda su abundancia, con toda su plenitud, y se derramará sobre tu cuerpo y tu alma. Y, cuando te haya llenado, permanecerá aun sobre ti y se cernirá sobre la faz de tus aguas para hacer en tí algo más grande y admirable que lo que hizo al principio del mundo, cuando aleteaba sobre la faz de las aguas para dar forma y belleza a la materia creada.

Y el poder del Altísimo te envolverá como una nube (Lc 1, 35), te envolverá como una nube Cristo, fuerza y sabiduría de Dios. Él tomará de ti la naturaleza humana y en ella habitará la plenitud de la divinidad, que tu no podrías soportar. Te envolverá como una nube, porque la humanidad asumida por el Verbo se interpondrá entre ti y la luz inaccesible para que, como luz mitigada, inunde tus castísimas entrañas. [...]

Te rogamos, pues, Señora, dignísima Madre de Dios, que no desprecies a los que te invocamos con reverencia, a los que te buscamos movidos por una piedad entrañable, a los que te llamamos con amor.

Dinos, por favor, ¿cuáles eran tus sentimientos, tu amor, tu impresión, cuándo acontecían estas cosas y el Verbo tomaba carne de ti? ¿Donde estaba tu alma, donde tu corazón, donde tu mente, tus sentidos, tus pensamientos? Ardías como aquella zarza que en otro tiempo vio Moisés, y no te quemabas; te derretías, y no te consumías. Ardías derretida por el fuego divino; derretida por aquel fuego, de él volvías a tomar fuerzas para arder siempre y volver a derretirte.

Aquel fuego originó un rocío luminoso, este rocío luminoso suministra la unción, esta unción proporcionó la santa descendencia en la cual, según la promesa hecha a Abrahán, serían bendecidos todos los pueblos. Te adheriste, pues, Virgen llena de hermosura, con estrecho abrazo, al Autor de la hermosura y, hecha más virgen, mejor dicho, más que virgen, pues fuiste a la vez Madre y Virgen, recibiste por infusión divina esta santa descendencia: *Alégrate, pues, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre (Lc 1, 28.42)*.

RESPONSORIO

Lc 1, 31-32; Mt 1,21

R/. Concebirás y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. * Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo.

V/. Él salvará a su pueblo de los pecados.

R/. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo.

EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Del «Tratado sobre el evangelio de san Lucas» de san Ambrosio, obispo

(Lib. II, 24-27: CCL 14, pp. 41-43)

Toda alma que cree, concibe y engendra la Palabra de Dios

Bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme? (Lc 1, 42-43).

El Espíritu Santo conoce su palabra y no la olvida jamás, y la profecía se realiza no solo en los hechos milagrosos, sino en todo el rigor y propiedad de los términos. ¿Cuál es este fruto del vientre, sino aquel del que se ha dicho: *¿He aquí que el Señor da por herencia los hijos, recompensa del fruto del seno? (Sal 126, 3)*. Es decir, la herencia del Señor son los hijos, precio de este fruto que nació del seno de María. Él es el fruto del vientre, la flor de la raíz, de la cual profetizó Isaías al decir: *Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y la flor brotara de la raíz (Is 11, 1)*; la raíz es la raza judía; el tallo, María; la flor de María, Cristo, que, como el fruto del buen árbol, según nuestros progresos en la virtud, ahora florece, ahora fructifica en nosotros, ahora renace por la resurrección del cuerpo.

¿Y de donde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? (Lc 1,43). No habla como una ignorante - sabía ella que existía la gracia y la operación del Espíritu Santo, para que la madre del profeta fuese saludada por la madre del Señor para provecho de su hijo -, sino que ella reconocía que esto es el resultado, no de un mérito humano, sino de la gracia divina. Dice así: *¿De donde a mí?*, es decir, ¿qué dicha me sobreviene por el hecho que la Madre de mi Señor venga a mí? Yo reconozco que no tengo nada que esto exija. *¿De donde a mí? ¿Por qué justicia, por qué acciones, por qué méritos?* No son diligencias acostumbradas entre mujeres que la Madre de mi Señor venga a mí. Yo presiento el milagro, reconozco el misterio: la Madre del Señor esta fecundada del Verbo, llena de Dios.

Porque he aquí que, como sonó la voz de tu salutación en mis oídos, dio saltos de alborozo el niño en mi seno. Y dichosa tu que has creído (Lc 1, 44-45).

Observas que María no dudó, sino que creyó, y por eso ha conseguido el fruto de la fe. *Bienaventurada tú, dice, que has creído*. ¡Más también sois bienaventurados vosotros que habéis oído y creído!, pues toda alma que cree, concibe y engendra la Palabra de Dios, y reconoce sus obras. Que en todos resida el alma de María para glorificar al Señor; que en todos resida el espíritu de María para exultar en Dios. Si corporalmente no hay más que una Madre de Cristo, por la fe, Cristo es fruto de todos: pues toda alma recibe el Verbo de Dios, a condición de que, sin tacha, preservada de vicios, guarde castidad en una pureza sin detrimento.

Toda alma que llega a este estado engrandece al Señor, como el alma de María ha engrandecido al Señor y como su espíritu ha saltado de gozo en el Dios Salvador. El Señor es efectivamente engrandecido, como en otra parte has leído: *Engrandece al Señor conmigo (Sal 33,4)*; no que la palabra humana pueda añadir alguna cosa al Señor, sino que él es engrandecido en nosotros; *pues Cristo es la imagen de Dios (2Co 4, 4; Col 1, 15)* y, por lo mismo, el alma que obra justa y religiosamente engrandece esta imagen de Dios, a cuya semejanza ha sido creada, y, al engrandecerla, participa en cierto modo de su grandeza y se hace más sublime; parece reproducir en ella esta imagen por los brillantes colores de sus buenas obras y por la semejanza de la virtud. Luego el alma de María engrandece al Señor y su espíritu salta de gozo en Dios porque, ofrecida el alma al Padre y al Hijo, ella venera con un piadoso amor al Dios único, de quien vienen todas las cosas, y al único Señor, por quien son hechas todas las cosas (cf. *1Co 8, 6*).

RESPONSORIO

Lc 1, 41-42.45

R/. Isabel, al oír el saludo de María, quedó llena del Espíritu Santo y exclamó: * «Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre».

V/. «Dichosa tu que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá».

R/. «Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre».

O bien:

De las Homilias de san Beda el Venerable, presbítero

(Lib. I, 4: CCL 122, pp. 25.26. 30)

La meditación repetida de los ejemplos de la Madre de Dios nos corrobora en la solidez de la virtud

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi Espíritu en Dios mi salvador (Lc 1, 46). Con estas palabras María reconoce en primer lugar los dones singulares que le han sido concedidos, pero alude también a los beneficios comunes con que Dios no deja nunca de favorecer al género humano.

Proclama la grandeza del Señor el alma de aquel que consagra todos sus afectos interiores a la alabanza y al servicio de Dios y, con la observancia de los preceptos divinos, demuestra que nunca echa en olvido las proezas de la majestad de Dios.

Se alegra en Dios su salvador el Espíritu de aquel cuyo deleite consiste únicamente en el recuerdo de su Creador, de quien espera la salvación eterna.

Estas palabras, aunque son aplicables a todos los santos, hallan su lugar más adecuado en los labios de la Madre de Dios, ya que ella, por un privilegio único, ardía en amor espiritual hacia aquel que llevaba corporalmente en su seno.

Ella con razón pudo alegrarse, más que cualquier otro santo, en Jesús, su salvador, ya que sabía que aquel mismo al que reconocía como eterno Autor de la salvación, había de nacer de su carne, engendrado en el tiempo, y había de ser, en una misma y única persona, su verdadero Hijo y Señor.

Ha mirado la humillación de su esclava; desde ahora me felicitarán todas las generaciones (Lc 1, 48). Con estas palabras María manifiesta cuán grande era la conciencia que tenía de su pobreza y como atribuía a la gracia divina el bien que descubría en sí misma. Ella siente que es la humilde sierva de Cristo, pero en seguida afirma que ha sido enaltecida por la gracia divina a tanta gloria. que todas las generaciones, llenas de estupor, la proclamaran dichosa.

Meditemos a menudo estas palabras del Evangelio y conservemos siempre en el corazón el ejemplo de la bienaventurada Madre de Dios: así, humildes a los ojos del Señor y sometidos a los hermanos por amor, mereceremos ser exaltados con ella para siempre. Estemos en guardia para que la adulación no nos ensoberbezca; consideremos, en cambio, el ejemplo de María, la cual, no obstante las palabras de sincera alabanza que le fueron dirigidas, mantuvo firme su humildad.

Si nos atrae el desmedido afán de bienes terrenos, acordémonos que nuestro juez desprecia vacíos a los ricos; si tal vez nos turba una pena temporal, pensemos que él enaltece a los humildes. No desconfiemos de obtener el perdón de nuestros pecados, *porque su misericordia llega a sus fieles de generación en generación* (Lc 1, 50). Nadie añade a los pecados cometidos la culpa más grave de la obstinación, porque Dios resiste a los soberbios, los dispersa y separa su suerte del destino de los santos.

Si, por gracia del Señor, consideramos constantemente los ejemplos y las palabras de la Virgen María, perseveraremos en la observancia de la castidad y de todas las demás virtudes.

Por eso se introdujo en la Iglesia la hermosa y saludable costumbre de cantar diariamente este cántico de María en la salmodia de alabanza vespertina, ya que así el recuerdo frecuente de la encarnación del Señor enardece la devoción de los fieles y la meditación repetida de los ejemplos de la Madre de Dios los corrobora en la solidez de la virtud. El Magnificat se canta precisamente en la hora de Vísperas, para que nuestra mente, fatigada y tensa por el trabajo y las múltiples

preocupaciones del día, al llegar el tiempo del reposo, vuelva a encontrar el recogimiento y la paz del Espíritu.

RESPONSORIO

Is 61, 10; Lc 1,4 6-47

R/. Desborde de gozo en el Señor, y me alegro con mi Dios: * Porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo.

V/. Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi Espíritu en Dios mi salvador.

R/. Porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo.

O bien:

De la Carta de Adán de Perseigne, monje, a Andrés, canónigo de Tours

(Nn. 12-15: se 66, pp. 62. 64. 66)

En María proclama la grandeza del Señor la lengua, la vida y el alma

La Madre de Dios, cuando en Judea escucha a Isabel que le profetiza su destino, cuándo recuerda lo que ha oído de parte del Señor por boca del ángel, cuándo considera la pureza de su conciencia y comprende que su carne esta preservada de toda humana corrupción, cuándo se ve a sí misma sublimada toda ella por la acción divina, por encima del mundo tanto por los méritos de su vida como por el don de una gracia singular, llena de una inmensa alegría, canta al Señor un cántico nuevo, diciendo: *Proclama mi alma la grandeza del Señor (Lc 1,46)*.

El alma de María proclama la grandeza del Señor, ya que ella misma es glorificada por él; el alma de María no podría glorificar al Señor, si antes no hubiese sido engrandecida por él. Engrandece, por tanto, a aquél por quien ella es engrandecida; lo engrandece no solo con los labios y con la santidad de su cuerpo, sino también con la singularidad del amor. [...]

En María proclama la grandeza del Señor la lengua, la vida y el alma. La lengua porque proclama con alabanzas la magnificencia de la santidad de Dios; la vida porque se hace acreedora de la gloria con sus obras; el alma porque alcanza el vértice de la contemplación, comprendiendo con la mente y el vientre la inabarcable magnificencia de Dios.

Mi alma proclama - dice -la grandeza del Señor. ¿De qué modo la proclamas? ¿Acaso engrandeces a aquél cuya grandeza no tiene límites? *Grande es el Señor* - dice el salmista -, *merece toda alabanza (Sal 144, 3)*. Grande es, y tan grande, que su grandeza no tiene comparación ni medida; ¿cómo, pues, engrandeces a quien de pequeño no haces grande, ni de grande mayor? Pero lo engrandeces porque lo alabas; lo engrandeces porque, en medio de las tinieblas de este mundo, tú, - más resplandeciente que el sol, más bella que la luna, más fragante que una rosa, más blanca que la nieve -, extiendes el resplandor del conocimiento de Dios. Lo engrandeces no porque añades algo a la grandeza infinita, sino porque introduces en las tinieblas del mundo la luz desconocida de la Verdad divina.

Lo engrandeces cuándo, por la excelencia de tus méritos, te elevas hasta recibir la plenitud de gracia; cuándo el Espíritu Santo, descendiendo en ti y dejándote virgen intacta, te hace Madre de Dios, para que puedas engendrar al Salvador y dado al mundo perdido. Pero ¿por qué esto? Porque el Señor está contigo, él que de sus dones ha hecho méritos tuyos: y por eso se dice con razón que tanto más lo engrandeces cuanto más eres engrandecida en él y por él. ¿Qué significa, por tanto, que tu alma proclama la grandeza del Señor, si no que tú misma de tal manera eres engrandecida por él, que alcanzas toda plenitud de la gracia y que eres elevada a la grandiosidad de una gloria extraordinaria por tus virtudes gloriosas y excelsas? Digo que eres elevada porque tu estas colma da del soplo del Espíritu Santo, toda tu estas impregnada de la unción celestial, [...] y así, tu alma de tal manera se eleva por la intensidad del amor, que llega hasta el mismo Verbo de Dios.

Tú eres la cesta de mimbre de Moisés, tú eres el receptáculo del Verbo, tú eres la bodega del vino nuevo que embriaga la sobriedad de los creyentes. Tú eres la Madre de Dios, tú eres la barrera del pecado: por ti se sale de la hondura del vicio y se llega a las delicias de los ángeles.

RESPONSORIO

Sal 97, 1; Lc 1, 49. 48a

R/. Canten al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas: * Ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo.

V/. Ha mira do la humillación de su esclava:

R/. Ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

María, Madre de Cristo,
Hija del eterno Padre,
oye a los que a ti acudimos,
heridos de oscuros males.

Al Dios de Dios engendrado,
en esta tierra engendraste,
y él que no tiene principio,
tomó en ti principio, Madre.

A quien rige cielo y tierra
en tus entrañas formaste;
a quien el mundo no abarca
vivió en tu vientre, hecho Infante.

Un solo Cristo se adora;
más como Dios y hombre nace,
redime al género humano,
a precio de muerte y sangre.

Nos valió su nacimiento,
nos libro de muerte infame,
y muriendo por nosotros,
por él vivimos triunfantes.

A ti gloria, Señor,
nacido de Virgen Madre,
con el Padre y el Espíritu
por siglos y eternidades. Amén.

O bien:

Si tu eres, ¡oh María!, Madre del Rey de reyes,
eres Hija del Padre y Esposa virginal
del Paráclito Espíritu, la sombra fecundante
de tu vientre inviolado, Paloma de la paz.

A ti acudimos, Madre, dulzura y esperanza
y vida de la vida que tu Hijo nos da.
Vuelve a nos tu mirada, manantial de consuelo,
y no nos desampares sin la luz de tu faz.

En el mar de amargura que atormenta la tierra,
tu eres siempre, Señora, miel de miel en panal.
El Dios de Dios nacido se viste con tu carne
y nace de tu vientre, hombre y Dios a la par.

Quien nunca tuvo principio, en ti se torna tiempo,
se encarna en nuestra historia y aprende a sollozar.
Llevaste en tus entrañas, como custodia viva,
la ofrenda y el pontífice, la víctima y la paz.

Sin dejar de ser Dios, en ti empieza a ser hombre.
Y es carne de tu carne y es hostia y es altar.
Por ello a ti acudimos, intercesora y Madre,
porque estas vinculada a su ser y a su obrar.

Bendito tu, Dios Padre. Bendito tu, Dios Hijo.
Bendito tu, Paráclito. Bendita tu, sin par,
Madre de Dios y nuestra, refugio en la tormenta
y puerta de los cielos y estrella de la mar. Amén.

Las antífonas y los salmos se tornan del sábado correspondiente.

LECTURA BREVE

Miq 5, 2-5a

De ti, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel, cuyos orígenes se remontan a tiempos pasados, a los días más antiguos. Por eso, el Señor abandonará a Israel, mientras no dé a luz la que ha de dar a luz. Entonces el resto de sus hermanos se unirá a los hijos de Israel. Él se levantará para pastorear a su pueblo con la fuerza y la majestad del Señor, su Dios. Ellos habitarán tranquilos, porque la grandeza del que ha de nacer llenará la tierra y él mismo será la paz.

RESPONSORIO BREVE

R/. Alégrate, hija de Sión; canta, hija de Jerusalén. * Mira a tu Rey que viene a ti, justo y salvador.
Alégrate, hija de Sión; canta, hija de Jerusalén. Mira a tu Rey que viene a ti, justo y salvador.

V/. No temas, María, porque has hallado gracia a los ojos de Dios. * Mira a tu Rey que viene a ti, justo y salvador.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Alégrate, hija de Sión; canta, hija de Jerusalén. Mira a tu Rey que viene a ti, justo y salvador.

Benedictus, ant.

Isabel quedó llena de Espíritu Santo y exclamó:
«Dichosa tú que has creído,
porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá».

PRECES

Dios Padre ha manifestado en Jesús su sabiduría a los hombres para iluminar sus corazones con el resplandor de la verdad. Invoquémosle humildemente, diciendo:
Envíanos, Señor, la luz de tu sabiduría.

Por obra del Espíritu Santo has transformado el seno de la santísima Virgen en morada del Rey de la gloria,

- haz que recibamos tu Palabra con un corazón puro y la guardemos con animo sincero.

Has enviado a tu Hijo a dar la Buena Noticia a los pobres y a vendar los corazones desgarrados,

- haz que anunciemos con vigor el Evangelio y aliviemos con el oleo de la caridad las heridas de los hermanos.

Nos has dado a la Virgen María como modelo de sublime santidad y de profunda humildad,

- concédenos que, viviendo escondidos en Cristo, aspiremos a una virtud siempre más alta.

Nos has concedido el don de contemplar la luz de un nuevo día,

- haz que lo llenemos de buenas obras y que, al caer de la tarde, completemos la alabanza matutina con la acción de gracias vespertina.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

[Dilatemos el horizonte de nuestra plegaria, diciendo la oración del Señor, en la que pedimos:
«Venga tu Reino»:]

Padre nuestro.

ORACIÓN

Señor, Dios nuestro, que al anuncio del ángel quisiste que tu Hijo se encarnara en el seno de la Virgen María, escucha nuestras súplicas, y haz que sintamos la ayuda de María, pues creemos que ella es la verdadera Madre de Dios. Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Señor, Dios nuestro, al anuncio del ángel la Virgen inmaculada concibió a tu Verbo eterno, y, llena de la luz del Espíritu Santo, fue constituida templo de tu gloria: concédenos que, a ejemplo suyo, guardemos en el corazón tu palabra y seamos luminosa morada del Espíritu. Por nuestro Señor Jesucristo.